

# *Da Capo*<sup>SM</sup>

# I

MAYO ☞ 1989

✓ *Panfleto Musical Independiente del País*

## «Unos muchachos recitan ahora sus versos»

(C.P.Kavafis)

**G**iovanni Papini, autor al que debemos alguna de las obras más aburridas del siglo, nos dejó varios cuentos admirablemente redondos y compactos, cuyos títulos bastan por sí solos para introducirnos a un particular universo expresivo. Si lo mencionamos ahora, es precisamente para citar dos de estos pulidos y aquilatados encabezamientos. (Si se nos apura, habremos de confesar que los cuentos van poco más allá).

Estos son los dos títulos: el primero, *Non voglio più essere quello che sonno; Lo specchio che fugge*, el segundo. Admirablemente complementarios. La expresa voluntad de quien ya no quiere ser quien es se refleja en la imagen -nunca mejor dicho- de ese espejo que se nos escapa ante las propias narices.

Las dos imágenes de Papini vienen aquí a ilustrar lo que nos proponemos reseñar. La figura de Agustín González Acilu como maestro. Aunque esto de descomponer una personalidad en varias facetas resulta siempre de un rigor más que dudoso, es así como se nos ha planteado y lo acataremos como si fuera el dato de partida del problema. Sea pues explícito que nos referiremos exclusivamente al Acilu docente.

Supongo que una vez llegado a la madurez, un artista se mira en muchos espejos distintos; el propio, el de los compañeros, el de la crítica y tantos otros. El de los alumnos no debe de ser el menos importante. ¿Qué verá González Acilu cuando se mira en ese espejo?

Entre los compositores dedicados a la docencia podemos distinguir dos tipos: los que dejan alumnos y los que dejan fotocopias borrosas del original. Los segundos se miran en el espejo de sus alumnos a la manera de Narciso, espe-

rando ver el rostro acostumbrado, seguro y familiar. Es de suponer que, entre los primeros, cada caso sea un mundo; que, en cada uno, las razones que permitan el abandono de lo conocido, de lo uniforme, sean bien distintas. En lo que concierne a nuestro maestro, se nos antoja observar ese *no quiero ya ser lo que soy* reflejado en una necesidad de cambio constante. Y a este respecto es una pena que hayamos prometido no incidir en aspectos tales como los personales o los relativos a su obra, ambos perfectamente encuadrables también bajo esta hipótesis.

Nadie puede, sin embargo, vivir permanentemente instalado en lo distinto; en lo otro. Entre otras cosas, Acilu ha encontrado en su dedicación a la docencia la ración de alteridad que parece exigir el título de Papini, en una dosis lo bastante restringida como para no disgregarlo como sujeto. Sus alumnos representamos un campo de alteridad restringida. Somos el espejo que huye y dispara la imagen hacia adelante.

¿Cómo ha conseguido Acilu mirarse en tal espejo y mantener los pies firmes? Enseñando la poética y no la técnica. Recurrir al alumno-fotocopia para perpetuarse, condena al maestro a ver su propio rostro fugitivo repetido hasta el infinito en el espejo de sus pupilos. Transmitiéndonos fundamentalmente lo que es su postura integral frente a la composición, Acilu ha conseguido formarnos en el método y no en la manera. Ha conseguido trascender los lenguajes concretos y hacemos partícipes del discurso de fondo. Y ha conseguido realizar el anhelo de ser otro sin sufrir el vértigo del espejo, de la misma manera que todos los Maestros a lo largo de los siglos; legando a sus alumnos la tarea de dar rostro a la interminable sucesión de imágenes. ☞